2º domingo de Adviento, ciclo C (2015). La figura de Juan el Bautista. Una voz grita: preparad en el desierto el camino del Señor. Juan habla con una metáfora. Este sendero no se hace sobre el terreno, sino en el corazón de todo hombre; no se traza en el desierto sino en la propia vida. Para hacerlo es necesario convertirse. Enderezar un sendero para el Señor tiene un significado muy concreto: significa realizar una reforma de nuestra vida (la Biblia lo llama conversión. Nosotros no podremos hacer nada por nosotros mismos, ni siquiera remover el primero y más pequeño obstáculo, si Dios, a su vez, no obrara con nosotros y no nos previniese.

❖ **Cfr. 2º Domingo de Adviento Año C 6 diciembre 2015**

Baruc 5, 1-9; Lucas 3, 1-6

Cfr. Raniero Cantalamessa, *La Parola e la Vita*, Città Nuova 8ª edizione marzo 1998, pp. 16-20, **Un sendero para el Señor.**

Lucas 3, 1-6: 1 En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea; Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y de Traconítida, y Lisaniás tetrarca de Abilene; 2 en el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. 3 Y recorrió toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, 4 como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: «*Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas; 5 todo valle será rellenado, todo monte y colina serán allanados, los caminos torcidos se harán rectos y los caminos escarpados serán llanos. 6 Y todo hombre verá la salvación de Dios*». [cfr Isaías 40, 3-5]

Preparad el camino del Señor en el desierto (Evangelio, Lucas 3,4)

El corazón de la predicación del Bautista está en la frase de Isaías que el repite con grande fuerza a sus contemporáneos:

*Voz del que clama en el desierto:
preparad el camino del Señor,
enderezad sus sendas!*

En realidad, en Isaías, la frase era un poco diversa. Decía: Una voz grita: preparad en el desierto el camino del Señor (Isaías 40, 3). No una *voz* en el desierto sino un *camino* en el desierto. Los evangelistas (Cf Mateo 3,3; Juan 1, 23), aplicando el texto al Bautista que predicaba en el desierto de Judá, han modificado la puntuación.

1. ¿Qué quiere decir esta imagen de una vía (camino) trazada en el desierto?

La imagen nos lleva a los grandes eventos de la Biblia: en primer lugar al Éxodo de Egipto, cuando el Señor seguía a su pueblo en el desierto y, por decirlo así, le trazaba delante un camino hacia la salvación; después, la vuelta del exilio, esperado e imaginado como un nuevo éxodo hacia la libertad (Cf. Isaías 46, 3-4; 63,9; Jeremías 16, 14-15). Por tanto, en la boca del precursor, esa expresión evoca en primer lugar una promesa: está por iniciar en el mundo un nuevo éxodo hacia la libertad del que los precedentes eran sólo figuras, un nuevo retorno del exilio.

Una promesa, por tanto, pero también un compromiso un programa concreto de acción. Jerusalén era una ciudad circundada, se puede decir, por el desierto: en la parte oriental los caminos de acceso, apenas trazados eran fácilmente cancelados por la arena movida por el viento, mientras que en la parte occidental se perdían en las asperidades del terreno que bajaba hacia el mar. Cuando un cortejo o un personaje importante debía llegar, era necesario salir de la ciudad e ir al desierto para hacer un camino menos provisional; se cortaban las malezas, se llenaban las hondonadas, se allanaba un obstáculo, se reactivaba un puente o un vado. Así se hacía, por ejemplo, con ocasión de la Pascua para acoger a los peregrinos que llegaba de la Diáspora.

En esta realidad se inspira Juan el Bautista. Él quiere decir: está al llegar un que está por encima de todos, uno que es llamado sencillamente y por antonomasia «El que debe venir», el esperado por las gentes; es necesario trazar un sendero en el desierto para que pueda llegar.

❖ Pero hay un salto de la metáfora a la realidad

Este sendero no se hace sobre el terreno, sino en el corazón de todo hombre; no se traza en el desierto sino en la propia vida. Para hacerlo no hace falta ponerse a trabajar materialmente, sino que es necesario convertirse. *Enderezad los senderos del Señor*: esta orden comienza a parecernos menos enigmática. Presupone una realidad amarga: el hombre es como una ciudad invadida, hasta debajo de los muros, por el desierto. Él se ha encerrado en sí mismo, en su egoísmo; es como un castillo con un foso alrededor y los puentes levadizos elevados. Peor todavía: el hombre ha complicado sus caminos con el pecado y se ha quedado como entrampado dentro como en un laberinto. Isaías y Juan Bautista hablan metafóricamente de barrancos, de montes, de pasos tortuosos, de lugares intransitables. Basta llamar estas cosas con sus verdaderos nombres que son el orgullo, la pereza, los abusos, las violencias, la codicia, las mentiras, hipocresías, impudicia, superficialidad, borracheras de todo tipo (puesto que se puede estar borrachos no sólo por el vino o por la droga, sino también por la propia belleza, por la propia inteligencia, o por sí mismo que es la peor borrachera).

Nos damos cuenta inmediatamente que el discurso vale para nosotros; y para cualquier hombre que en esa situación desea y espera «la salvación de Dios».

Enderezar un sendero para el Señor tiene, por tanto, un significado muy concreto: significa realizar una reforma de nuestra vida (la Biblia, como se ha visto, lo llama conversión). Estemos atentos a no oponer a esta invitación las seguridades que vienen de nuestra práctica cristiana («¡Somos hijos de Abrahán!»; «¡Somos hijos de la Iglesia!»).

2. Las tres venidas del Señor

❖ La venida o visita intermedia: enderezar un sendero para que pueda llegar el Señor a nosotros.

Nuestra vida se desarrolla entre dos venidas del Señor: la de la encarnación y la de la parusía. Pero hay una venida o visita del Señor que se está realizando ya ahora. Es el Señor que viene con la gracia, con su inspiración, que viene buscando flores «en su jardín» (Cántico 5, 1) y frutos de su árbol (Cf. Lucas 13, 6 ss.). San Bernardo llamaba este Adviento «la venida intermedia». Para esta venida intermedia debemos enderezar una senda, abrir un paso. Si uno de nosotros, por ejemplo, vive con una relación pecaminosa, ha cerrado todo acceso. Dios no puede llegar a él, debe permanecer a una distancia, fuera de la puerta. Se trata de una situación objetiva de rechazo, muy peligrosa; enderezar un sendero para el Señor significa: romper la relación, ponerse seriamente ante el problema moral, regularizar la situación ante Dios y la propia conciencia, tomarse en serio - si de esto se tratase - el deber de la fidelidad conyugal.

Si alguien, en su obrar cotidiano (en el comercio, en el trabajo, en las relaciones sociales), comete injusticias y engaña al prójimo, tal vez fingiendo aparentes pretextos de resarcimiento y de compensación para acallar la conciencia, también ésta se encuentra en una ciudad sin accesos para Dios.

Enderezar un sendero para el Señor significa comenzar a ser más atentos y escrupulosos en la justicia, o también - como hizo Zaqueo en un caso semejante - restituir.

Si uno está tan lleno de sí que es intolerante, despiadado con todos, sin amor, también éste, si quiere de verdad «ver la salvación de Dios», debe enderezar un sendero, realizar una apertura hacia los demás, humillarse, pedir perdón a aquellos a quienes ha hecho sufrir o ha despreciado.

También están los que viven habitualmente en el fondo del «barranco»: deprimidos psíquicos y también perezosos y apáticos, incapaces de proponerse un esfuerzo mínimo. Ellos también deben intentar salir de esa situación para establecer una relación que les comprometa, que les saque de su estéril autocompasión.

○ La ayuda del Señor

Si queremos vivir de verdad el Adviento (realizarlo, no sólo desearlo), éste es el camino. Dios nos repite, aquí y ahora, lo que dijo por medio del profeta Isaías a su pueblo: *¡Éste es el camino, recorredlo!* (Isaías 30, 21). En la primera Lectura hemos escuchado estas palabras del profeta Baruc: *Dios mandó allanar toda alta montaña y las rocas eternas, y rellenar todo valle hasta nivelar la tierra, para que Israel camine seguro bajo la gloria de Dios* (5,7).

Dios allana, Dios colma, Dios traza el camino; ¿no está todo esto en contraste con la orden del Bautista que nos confía el cometido de allanar, de trazar, de hacer? No, una y la otra cosa son verdaderas; nosotros no podremos hacer nada por nosotros mismos, ni siquiera remover el primero y más pequeño obstáculo, si Dios, a su vez, no obrara con nosotros y no nos previniese (*Si el Señor no construye la casa, en vano fatigan los constructores ...*). Pero Dios, a su vez, no nos previene, si nosotros rechazamos nuestro esfuerzo, si libremente pero voluntariamente no nos empeñamos. Enseguida, desde hoy: hoy, si escuchas su voz, no endurezcas el corazón (cf. Hebreos 3, 7-8).

Antes de la venida de Jesús es Juan quien grita: ¡Preparad el camino del Señor!; ahora es el Espíritu Santo quien grita en nuestro corazón: ¡Preparad el camino al Señor! El guía al Señor al Señor hasta dentro del castillo, dentro de «la ciudad fortificada» (Salmo 60, 11), él nos ayuda a dar a Jesús las llaves de nuestro corazón que es la cosa más importante para hacer durante este Adviento. ¡Si damos a Jesús de verdad las llaves de nuestro corazón, él vendrá y será Navidad para nosotros!

«Todo hombre verá la salvación del Señor», gritaba Juan Bautista en el desierto, aludiendo ciertamente al Salvador que iba a manifestarse. También nosotros nos preparamos ahora con humildad y fe para ver la salvación del Señor que viene a nosotros en la Eucaristía. Aquel para el que queremos hacer un sendero hacia nuestro corazón, nos precede con su gracia y con su visita: ¡nos sale al encuentro para que podamos ir a su encuentro!

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana